



Un teatro para resistir
Max LEBRAS

Col·lecció Pa'tothom

ÍNDICE

Seminario Europeo -
Intercambio cultura de jóvenes con el teatro pag. 5

Un teatro para resistir -
Versión en castellano pag. 7

Un théâtre pour résister -
Versión original en francés pag. 14

Seminario europeo

Intercambio cultura de jóvenes con el teatro

¿Qué desafíos y qué futuro en un mundo en crisis?

Del 5 al 8 mayo 2016

Grenoble (Francia) Petit Théâtre - 4 rue Pierre Duclot.

Organizado por: CREARC (Centre de Création de Recherche et des Cultures) para realizar una reflexión general sobre el valor de estos intercambios para las organizaciones participantes y sus líderes.

¿Cuáles son los valores comunes que fundaron los intercambios culturales europeos frente a los nuevos totalitarismos? Pan-economía, integrismos religiosos, nacionalismos, movimientos xenófobos...

¿Cómo se ejercen las nuevas formas de censura? ¿Cómo salvaguardar el espacio de libertad, igualdad y fraternidad en el teatro?

Un teatro para resistir

Conferencia realizada por:

Max Lebras (Collectif 1984, Bélgica)

¿Es inocente pensar que el teatro puede ser un espacio de resistencia cara a los nuevos totalitarismos?

Podemos hacer una valoración razonable del teatro que se representa a la izquierda o derecha de un escenario¹, pero no en las grandes ligas. Los grandes, interpretan en los platós de televisión, se muestran en las pantallas de cine y son virales en Internet. Frente a estas maquinarias que se multiplican a tope -todo y no importa qué-, nuestro impacto parece irrisorio, no jugamos con armas iguales. Sólo podemos representar cada noche nuestras creaciones teatrales delante un público limitado de espectadores.

1 (N.del T.) *El autor dice textualmente “on joue à cour ou à jardin, mais on ne joue pas dans la cour des grands”. Juego de palabras que hace referencia al sentido jardín / patio que se utiliza en francés para distinguir izquierda / derecha de la escena.*

Entonces el teatro, ¿puede resistir las apisonadoras como son los mass media? Con los medios de comunicación la digestión es instantánea, y los consumimos sin necesidad de masticar. Las imágenes se funden y por su potencial fascinador, se imprimen en cualquier parte de nuestro córtex sin que podamos verificar las huellas subliminales que han dejado. La eficacia para controlar los pensamientos, para formatear a la población, para uniformar los deseos... es desalentador. Podríamos esperar una indigestión colectiva, pero más bien se generaliza una adicción colectiva a los objetos conectados.

Se nos promete una realidad aumentada y esto nos puede dejar perplejos. Lo que vemos en las pantallas o gafas 3D, es una realidad sin duda impresionante pero sigue estando pixelada, fragmentada, incompleta. El mundo que nos venden, nos corta cada vez más del mundo real. La separación del hombre con el hombre continúa con pantallas interpuestas. Pronto podemos sobrepasar totalmente de la presencia física del otro individuo de nuestra especie para sobrevivir, una aberración para el reino animal que, en mi humilde opinión, ¡somos parte!

Pero hoy, no hemos llegado a este punto completamente y hay un aspecto de la humanidad que todavía no logran reproducir y es su

espesor, su energía, su olor. Sí, la humanidad no se fabrica, se respira. Cuando espectadores miran a actores de carne y hueso, respiran el mismo aire e intercambian una parte de humanidad. Esta proximidad aviva la inteligencia del cuerpo al mismo tiempo que del espíritu.

Agarrarse a esta humanidad real, directa -sin artificios que nos interponen demasiada en distancia-, es primordial cuando la humanidad se plantea la cuestión de su propia supervivencia, donde las actividades humanas parecen perder todo sentido común y donde el humano parece perder contacto con sus semejantes.

El totalitarismo mediático predica pensamiento rápido² y hoy, con la multiplicación de las aplicaciones móviles, nos da la ilusión a poder intervenir sobre todo y en cualquier momento. Pero intervendremos sobre lo que atrae al internauta principalmente, sobre lo que atrae a los anunciadores, sobre lo que favorece el comercio, sobre lo que distrae. Estas armas de distracción masiva nos habitúan a intervenir con un clic... sin riesgo aparente. Nos dan la ilusión de un poder pero es para someternos mejor,

2 (N. del T.) en el original "prêt-à-penser" que se puede traducir como pensamiento predefinido, pensamiento fácil, estupidez. He recogido la expresión que significa comida rápida pero se ha de recoger en la idea de comida mediocre, fácil, etc.

dominarnos. Que no se vea aquí un alegato contra las nuevas tecnologías sino una seria inquietud delante de los trastornos que implican en lo que queda de humano en nuestras relaciones sociales.

Y si, como lo señalé más arriba en esta exposición, no jugamos en primera división, jugaremos pues con los pequeños, los desprovistos, a desheredados, olvidados, los que no tienen grados, los sin voz, los rebeldes, los supervivientes de la vida, los piratas, los hombres y las mujeres de buena voluntad... He aquí lo que decidieron defender las compañías de teatro-acción de Bélgica.

"Mientras los leones no tengan sus propios historiadores, las historias de caza glorificarán siempre a los cazadores". En concordancia con este proverbio africano, creamos colectivamente piezas de teatro que se nos parecen y que nos unen. Tienen un punto de vista cada vez singular de realidades que compartimos más o menos. Por este caminos, intentamos modestamente construir resonancias y disonancias.

Es una manera de resistir a la primera forma de censura en nuestras sociedades dichas democráticas: la autocensura. Esta resignación que se adquiere progresivamente y que deja pensar que no tenemos nada importante que explicar y que es preferible

dejar hablar a los especialistas: los políticos, los sindicalistas, los científicos, los filósofos, los artistas... son todas estas personas que tienen por función representarnos de una manera u otra, los que pueden pretender aportar respuestas a nuestras angustias existenciales.

Hace falta reconocer que, generalmente, no estamos convencidos de ser bien representados. Tomar por asalto los escenarios teatrales, es un poco como descender a la calle. Es retomar un poco este poder que se les cedió a los representantes. Es reapropiarse de espacios de palabras que son también espacios de escucha. Es plantar el decorado de nuestros interrogatorios para dejar germinar elementos de respuestas. El terreno lo habremos alimentado de improvisaciones, de discusiones, de tentativas, de retrocesos, de excitaciones, de vacilaciones, de dudas, de duelos, de entusiasmo, de benevolencia, de exigencias, de desafíos, de humildad, de un nerviosismo compartido con fraternidad. La vulnerabilidad de actores y actrices será trascendida por la energía colectiva. Será la unanimidad sobre escena: unus anima en latín... un solo sopro.

Al contrario de una opinión anónima en un foro de discusión, tomaremos nuestras responsabilidades como actor/creador de una

palabra colectiva que representará un punto de vista singular del mundo que nos rodea. Muy a menudo será una mirada crítica que defenderemos "en cuerpo y alma". Para construir esta palabra, tendremos cuidado con otra forma de censura: el consenso. El miedo de desagradar podría empujarnos a moderar nuestras intenciones, a no tomar el riesgo de llegar al final de nuestra "demostración dramaturgica". El equilibrio es un ejercicio difícil, hay tensión entre la voluntad de provocar... una reacción, un choque, un despertar de las conciencias... y la de no presionar a ciertos espectadores que podrían no volvernos a escuchar. Y como nuestros espectáculos son muy a menudo presentados delante de los que se nos parecen, evidentemente hay ganas de federar, reunir y reforzarse.

En todo caso, estos colectivos de creación, incluso si son efímeros para la inmensa mayoría, dejan rastros que se espera sean indelebles, entre los participantes y los espectadores. En este punto, nos reunimos evidentemente con los grupos que montan piezas de autor o de creación colectivas que necesariamente no tocan temas sociales. Se inscriben a contracorriente de lo que domina en la sociedad, y de manera particularmente insidiosa lo que domina el mundo laboral o deporte de alto nivel: la competición. Este terreno no es del mismo humus y refuerza todos

los totalitarismos. Pero esto es posiblemente otro tema.

Entonces, si hay una práctica común en la que se basan los intercambios culturales, podría ser la de la resistencia a lo que nos aleja de una dimensión humana, a lo que parece sobrepasarnos. Y se puede comprobar que me he resistido a la tentación de nombrar los valores comunes como pedía en el enunciado de la conferencia, porque las palabras que los nombran son utilizadas tanto para reunir como para dividir, ya que lo que es común de un grupo supone que no es en otro. Me atrevo a esperar que esta práctica común que reúne a jóvenes, después de casi 28 años, vehicule valores que son universales.

Un théâtre pour résister

Max Lebras (Collectif 1984, Belgique)

Est-il naïf de croire que le théâtre peut être un espace de résistance face aux nouveaux totalitarismes?

On peut raisonnablement estimer qu'au théâtre, on joue à cour ou à jardin, mais on ne joue pas dans la cour des grands. Les grands, ils jouent sur des plateaux de télévision, ils se montrent sur des écrans de cinéma, ils font le buzz sur Internet. Face à ces machines qui démultiplient à tout va, tout et n'importe quoi, notre impact semble dérisoire, nous ne jouons pas à armes égales. Nous ne pouvons que reproduire chaque soir, une à une, nos créations théâtrales devant un public limité de spectateurs.

Dès lors, le théâtre peut-il résister à ces rouleaux-compresseurs que sont les médias de masse? Les médias de masse, on les consomme sans avoir besoin de mâcher, la digestion est instantanée. Les images fusent et, par leur potentiel fascinateur, vont s'imprimer quelque part dans notre cortex sans qu'on puisse vérifier qu'elles n'y laissent pas des traces subliminales. L'efficacité

pour le contrôle des pensées, pour le formatage des populations, pour l'uniformisation des désirs... est redoutable. Nous pourrions espérer une indigestion collective mais c'est plutôt une addiction collective aux objets connectés qui se généralise.

On nous promet une *réalité augmentée* et cela peut nous laisser perplexes. Ce que nous voyons dans des écrans ou des lunettes 3D, est une réalité certes impressionnante mais elle n'en reste pas moins pixellisée, fragmentée, incomplète. Le monde qu'on nous vend, nous coupe chaque fois plus du monde réel. La séparation de l'homme avec l'homme se poursuit par écrans interposés. Bientôt nous pourrions nous passer totalement de la présence physique d'un autre individu de notre propre espèce pour survivre, une aberration pour le règne animal dont, à mon humble avis, nous faisons partie !

Mais aujourd'hui, nous n'en sommes pas tout-à-fait là, et il y a un aspect de l'humanité qu'ils n'arrivent pas encore à reproduire, c'est son épaisseur, son énergie, son odeur. Oui, l'humanité ne se fabrique pas, elle se respire. Lorsque des spectateurs regardent des acteurs en chair et en os, respirent le même air, ils échangent une part d'humanité. Cette proximité titille l'intelligence du corps en même temps que celle de l'esprit. Se raccrocher à cette

humanité réelle, directe, sans artifices qui nous mettraient trop à distance, cela est primordial à l'heure où l'humanité se pose la question de sa propre survie, où les activités humaines semblent perdre tout sens commun, où l'humain semble perdre contact avec ses semblables.

Le totalitarisme médiatique nous abreuve de prêt-à-penser et aujourd'hui, avec la démultiplication des applications mobiles, il nous donne l'illusion de pouvoir intervenir sur tout et à tout moment. Mais nous interviendrons principalement sur ce qui attire l'internaute, sur ce qui attire les annonceurs, sur ce qui fait commerce, sur ce qui distrait. Ces armes de distractions massives nous habituent à intervenir d'un clic... sans risque apparent. On nous donne l'illusion d'un pouvoir mais c'est pour mieux nous asservir, nous contrôler. Ne voyez pas ici un plaidoyer contre les nouvelles technologies mais une sérieuse inquiétude devant les bouleversements qu'elles impliquent dans ce qu'il reste d'humain dans nos rapports sociaux.

Et si, comme je le signalais en début d'exposé, nous ne semblons pas jouer dans la cour des grands, nous jouerons donc dans la cour des petits, des démunis, des déshérités, des oubliés, des sans grade, des sans voix, des révoltés, des rescapés de la vie, des

pirates, des hommes et femmes *de bonne volonté*... Voilà ce qu'ont décidé de défendre les compagnies de théâtre-action en Belgique.

"Tant que les lions n'auront pas leurs propres historiens, les histoires de chasse glorifieront toujours les chasseurs." En concordance avec ce proverbe africain, nous créons collectivement des pièces de théâtre qui nous ressemblent, qui nous rassemblent. Elle portent un point de vue chaque fois singulier sur des réalités que nous partageons plus ou moins. Par cette démarche, nous tentons modestement de construire des résonances, des dissonances.

C'est une manière de résister à la première forme de censure dans nos sociétés dites démocratiques: l'autocensure. Cette résignation que l'on acquiert progressivement et qui laisse à penser que nous n'avons rien de très important à raconter et qu'il est donc préférable de laisser parler les spécialistes: les politiciens, les syndicalistes, les scientifiques, les philosophes, les artistes... toutes ces personnes qui ont pour fonction de nous représenter d'une manière ou d'une autre, ceux qui vont pouvoir prétendre apporter des réponses à nos angoisses de l'existence.

Il faut reconnaître que généralement, nous ne sommes pas convaincus d'être bien représentés. Prendre d'assaut les scènes de

théâtre, c'est un peu comme descendre dans la rue. C'est reprendre un peu de ce pouvoir qu'on a cédé à des représentants. C'est se réapproprier des espaces de paroles qui sont aussi des espaces d'écoute. C'est planter le décor de nos questionnements pour laisser germer des éléments de réponses. Le terreau, nous l'aurons nourri d'improvisations, de discussions, de tentatives, de reculs, d'excitations, d'hésitations, de doutes, de deuils, d'enthousiasme, de bienveillance, d'exigences, de défis, d'humilité, d'un trac partagé avec fraternité. La vulnérabilité des comédiens et des comédiennes sera transcendée par l'énergie collective. Nous ferons unanimité sur scène: unus anima en latin... un seul souffle.

A l'inverse d'une opinion lâchée anonymement sur un forum de discussion, nous prendrons nos responsabilités comme acteur/créateur d'une parole collective qui représentera un point de vue singulier sur le monde qui nous entoure. Ce sera bien souvent un regard critique que nous défendrons "corps et âme". Pour construire cette parole, nous ferons attention à une autre forme de censure: le consensus. La peur de déplaire pourrait nous pousser à modérer nos propos, à ne pas prendre le risque d'aller au bout de notre "démonstration dramaturgique". L'équilibre est un exercice difficile, une tension entre la volonté de provoquer... une réaction, un choc, un réveil des consciences... et celle de ne pas

brusquer certains spectateurs qui pourraient ne plus nous entendre. Et, parce que nos spectacles sont bien souvent présentés devant ceux qui nous ressemblent, il y a évidemment une envie de fédérer, de rassembler, de se renforcer.

En tout cas, ces collectifs de création, même s'ils sont éphémères pour la plupart, laissent des traces que l'on espère indélébiles chez les participants et les spectateurs. Sur ce point là, on se rejoint évidemment avec les groupes qui montent des pièces d'auteurs ou de création collectives qui n'abordent pas nécessairement de sujets de société. Ils s'inscrivent à contre-courant de ce qui domine dans la société, et de manière particulièrement insidieuse dans le monde du travail ou du sport de haut niveau: la compétition. Ce terreau-là n'est pas d'un même humus, il renforce tous les totalitarismes. Mais cela est peut-être un autre sujet.

S'il y a donc une *pratique commune* qui fonde les échanges culturels, ce pourrait être celle d'une résistance à ce qui nous éloigne d'une dimension humaine, à ce qui semble nous dépasser. Et vous aurez constaté que j'ai résisté à la tentation de nommer les *valeurs communes* comme demandé dans l'énoncé de la question, parce que les mots qui les nomment sont autant utilisés pour rassembler que pour diviser puisque ce qui est commun à un

groupe suppose qu'il ne l'est pas dans les autres. J'ose espérer que cette *pratique commune* qui rassemble des jeunes depuis bientôt 28 ans, véhicule des valeurs qui sont universelles.



Agradecimientos a Max Lebras por compartir con nosotros el texto.

Traducido en Barcelona el 15 de junio 2016

www.patothom.org